

Sobre Roberto Duncker (1870-1946) ... y algo más. Mis recuerdos sobre un gran maestro de piano, hoy olvidado, durante la primera mitad del siglo XX en Chile¹

MTO. AGUSTÍN CULLELL

No podría abordar solo lo que mi memoria recuerda puntualmente sobre las experiencias recogidas como su discípulo durante los casi seis años en los que asistí a sus clases (1941 al 5 de agosto de 1946, fecha de su muerte), obviando mencionar personajes y acontecimientos importantes relacionados con él y la actividad pianística de la época, así como lo que de él me contaron otros músicos, a más de la información que obtuve por diversas fuentes.

Las pocas referencias que hoy existen sobre la vida y actividad pedagógica de Roberto Duncker sitúan su llegada a Chile unas en 1900, al parecer contratado en abril de ese año como profesor en el Conservatorio Nacional de Música, y otras en 1901². Sea como fuere, ninguna menciona que inició estudios de piano a los pocos años de edad en Arequipa bajo la tutela de sus padres, seguido por su hermano Luis, cuatro años menor, quién alcanzaría renombre como pianista, compositor y científico, tanto en su país natal como allende sus fronteras. Un detalle digno de mención es que los hermanos Duncker eran sobrinos del famoso general Lavalle, comandante de las fuerzas peruanas durante la Guerra del Pacífico. Tampoco en las crónicas se alude al importante hecho de que Duncker, entre fines de 1880 y parte de los 90, efectuó estudios de perfeccionamiento en Alemania con el gran maestro Martín Krause, con quien mantuvo una estrecha amistad hasta la muerte de este último en 1918.

Ya en su primera etapa como profesor del Conservatorio Nacional en Santiago (1900-1911), formó a dos de los más grandes pianistas que ha producido el país: Rosita Renard (1894-1949) y Juan Reyes (1899-1941), laureado éste en Viena luego de finalizar sus estudios con el insigne profesor Emil von Sauer (1917), obteniendo el Gran Premio del Imperio Austro-Húngaro³. También a Américo Tritini,

1. *Resonancias* agradece muy sinceramente a la musicóloga Raquel Bustos su generosidad al ofrecernos este recuerdo del maestro Agustín Cullell, y a él por su colaboración y consentimiento para publicarlo.

2. Salvo otra indicación, todas las notas que siguen son de la edición de esta revista. Samuel Claro (1993: 17-18), en parte basado en Sandoval (1911), señala que "Formado en Alemania, Duncker se radicó desde muy joven en Santiago, y fue profesor del Conservatorio entre 1900 y 1911, año en el que renunció. Luego de la reforma de 1928 se reincorporó al plantel donde enseñó hasta su muerte, el 5 de agosto de 1946. Fue considerado como 'un lector repentista notable y una persona distinguida' (*Rosita Renard, pianista Chilena*, Santiago: Editorial Andrés Bello). Por su parte Sandoval (1911: 18) lo nombra en la cátedra de piano superior ya en 1899 (*Reseña Histórica del Conservatorio Nacional de Música y Declamación 1849 a 1911*, Santiago: Imprenta Gutenberg).

3. Revista *Música* (1920:1-2), junto con dedicar una portada a Juan Reyes, confirma este dato y además incluye elogiosos comentarios de prensa de las presentaciones efectuadas en Santiago en 1919 (s/f. "Juan Reyes. El gran pianista chileno", *Música*, 1/4 (abril), pp. 1-2)

otro de sus alumnos brillantes e igualmente becado por el Gobierno chileno en 1914, que pudo haber alcanzado la misma notoriedad internacional si no es porque en Europa estalló la Gran Guerra. Tritini, junto a Julio Rossel, Amelia Cocq, Alberto García Guerrero y otros distinguidos pianistas de la época que han caído injustamente en el olvido, merecerían un recuerdo permanente en los anales de la música chilena. De Tritini se decía que “su maestría en cuanto a técnica e interpretación alcanzan los umbrales de la perfección” (comentario de la época). Baste con recordar que a él se debe el estreno de muchas obras hasta entonces desconocidas en Chile, entre ellas los conciertos N° 1 en Si b menor de Tchaikovsky (1913) y un concierto de Anton Rubinstein (1916)⁴.

En 1911 Duncker renunció a su cátedra; según le oí contar debido a desacuerdos con el criterio de Enrique Soro –entonces Subdirector del Conservatorio–, en referencia a determinados cambios en los programas de estudio, al mismo tiempo por la política indiscriminada en la admisión de alumnos, cuya matrícula, a partir de entonces, creció de manera exponencial, llegando a alcanzar en años posteriores una cifra que superaba los 2.000 estudiantes, en su gran mayoría pertenecientes al sexo femenino. Años más tarde ésta sería, supuestamente, una de las causas que contribuyeron a la reestructuración del Conservatorio, llevada a cabo por Domingo Santa Cruz y Armando Carvajal en 1928, última etapa de un largo contencioso mantenido hasta entonces entre destacados miembros de la Sociedad Bach y las autoridades que dirigían esa institución académica.

Aquel año de 1911, Rosita Renard, becada por el Gobierno chileno, hacía varios meses que se encontraba en Berlín perfeccionando sus estudios con Martín Krause. El propio Duncker se había encargado de que su discípula estudiara con su ex maestro y amigo⁵. Pero, algo que no se menciona en ninguna parte, es que Duncker, al poco tiempo, recibió una carta de Krause donde le comentaba que su alumna sin duda tenía habilidades pianísticas, pero su carácter tímido e introvertido no auguraba en absoluto un futuro exitoso en su carrera. Esto causó a Duncker un profundo desconcierto. Quería a Rosita como a una hija y no podía creerlo. No lo pensó dos veces. Envío inmediatamente un cable a Krause expresándole que partiría en el primer barco hacia Alemania, rogándole no tomara ninguna decisión hasta su llegada. Según recuerdo haberle oído contar sobre este hecho, luego de encontrarse con ella y su madre, la llevó a casa de Krause. Allí la conminó a tocar como ella “sabía hacerlo”, indicándole algunas obras del gran repertorio para que las interpretara en presencia de ambos. El resultado fue asombroso, como si Rosita hubiera despertado de un letargo.

Hasta el año 1928 no poseo documentación específica sobre las actividades desarrolladas por Roberto Duncker⁶. En ese año, con motivo de la reorganización del Conservatorio fue llamado por Armando

4. Según Uzcátegui (1921: 1-2), en 1913 dio su primer concierto y, bajo la dirección de Nino Marcelli, estrenó el concierto para piano de Tchaikovsky; para el estreno del concierto de Rubinstein la dirección estuvo a cargo de Javier Rengifo, mientras en la repetición condujo Luigi Stefano Giarda (Emilio Uzcátegui. “Américo Tritini D.”, *Música*, II / 4 (abril), pp. 1-2).

5. Samuel Claro (1993: 26) es enfático en señalar: “No sabemos por recomendación de quién Rosita llegó a estudiar con Martín Krause” (*Rosita Renard, pianista Chilena*. Santiago: Editorial Andrés Bello).

6. E. Pereira (1957:185) indica que la nueva sala del Club Musical de Valparaíso (fundado en 1873 y reorganizado en 1881) “se estrenó con un concierto del brillante pianista Roberto Duncker Lavalle”. También, y entre otros músicos, lo menciona ofreciendo conciertos para dicha sociedad entre 1881 y 1884 (p.198) y, como Sandoval (1911) y Claro (1993), lo nombra como profesor de piano junto a Bindo Paoli durante la administración de Juan Harthan (p. 326) (*Historia de la Música en Chile (1850-1900)*, Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile). Luis Sandoval (1911: 18-19, 29-30) lo incluye en la cátedra de piano superior en 1899, y lo consigna como profesor de piano entre 1900 y 1911, fecha esta última en la que presentó su renuncia (*Reseña Histórica del Conservatorio Nacional de Música y Declamación 1849 a 1911*, Santiago: Imprenta Gutemberg). Domingo Santa Cruz (2008: 60), recuerda que ca.1918 en casa de Duncker se escuchaba muy buena música y que allí fue donde él tuvo su primer contacto con las obras orquestales de Debussy (*Mi vida en la Música* (edición y revisión musicológica Raquel Bustos V.), Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile). Por su parte, Luis Arrieta Cañas (1954: 82) lo incluye en el listado de “Ejecutantes profesionales y aficionados” que participaron de las reuniones musicales efectuadas en su casa y en las de José Miguel Besoñan entre 1889-1933 (*Música. Reuniones musicales (de 1889 a 1933)*, Santiago: Impresores Talleres Gráficos Casa Nacional del Niño).

Carvajal -su nuevo Director- a reintegrarse a sus clases de piano, nombrándosele Jefe de Cátedra por votación unánime de todos los profesores del ramo, entre éstos, ilustres pedagogos como Raúl Hügel, Fernando Wayman, y quien luego se transformaría en su mayor adversario (por no decir enemigo y también de Rosita Renard⁷), Alberto Spikin⁸.

Llegado a este punto, deseo formular algunas opiniones que pueden parecer políticamente incorrectas. Se decía por activa y por pasiva que la década anterior a la reestructuración del Conservatorio había sido un período prácticamente negativo para el desarrollo musical chileno que impedía el avance hacia su modernización. En parte era cierto; pero solo en parte. Menospreciar, como así ocurrió, la formación de intérpretes durante esa etapa, en la que se formaron figuras tan ilustres como Arnaldo Tapia Caballero, Armando Palacios, Hugo Fernández, Víctor Tevah, Alberto Spikin, Armando Moraga, Herminia Raccagni, Flora Guerra, junto a Inés Santander y otros, se puede afirmar que fue una posición deliberadamente mezquina. Marginadas quedaron relevantes personalidades como Enrique Soro, Américo Tritini, Julio Guerra, Luigi Stephano Giarda, Osvaldo Rojo (alumno de Waymann), Lydia Montero (excelente violinista), etc. En el fondo se libraba una lucha sin cuartel contra lo que se consideraba peyorativamente “italianizante”, y por ende caduco. Quiero recordar que destacados compositores del grupo renovador, con Domingo Santa Cruz al frente, manifestaban su profunda aversión hacia la ópera italiana celebrando reuniones que llamaban “Sabath”, en las que solemnemente se quemaba una página de una partitura de Verdi.

Un episodio propio de la *petit histoire*, que Duncker solía relatarnos no sin cierta picardía, ocurrió en 1935 con motivo de la presentación en Santiago del gran Arthur Rubinstein, y que a partir de ahí desarrolló entre ambos una perdurable amistad. Fue a consecuencia de un apasionado y repentino romance del artista con una dama de la sociedad santiaguina, que le llevó a éste a suspender todos los conciertos pendientes de su gira, “por supuestos problemas de salud”. La verdad es que durante varios meses desapareció prácticamente de la escena internacional refugiándose en casa de Duncker, y ocasionando con ello la desesperación de su representante Daniel⁹.

La enemistad entre Roberto Duncker y Alberto Spikin llegó a su culminación a fines del año 1938, con motivo del Concurso “Orrego Carvallo”, al que en ese momento aspiraban dos egresados de la carrera de piano: Elvira Savi y un destacado alumno de Duncker, a quién conocí, Juan Zuloaga. El caso es que Elvira Savi hasta dos años antes había estudiado con Duncker prácticamente toda la carrera. Spikin la convenció para que se fuera con él, cosa que hizo. Para Duncker significó un duro golpe del que no logró recuperarse, pues lo consideró una traición. Personalmente creo que Elvira se deslumbró con la aureola que rodeaba a Spikin, sin duda un buen profesor, pero también un gran promotor de sí mismo. Yo me encontraba junto a mi madre el día del Concurso, en la platea de ese hermoso teatro de media herradura que tenía el vetusto Conservatorio de calle San Diego esquina Cóndor (lo único realmente valioso de aquel edificio). A juicio de mi madre -una excelente pianista- ambos concursantes eran magníficos. Finalmente, la comisión le otorgó el premio a Elvira Savi. Lo que no se supo hasta

7. Según Claro (1993: 146), Spikin “fue un encarnizado rival de la escuela de Rosita y criticaba su método de enseñanza que exigía escalas y diarios ejercicios de técnica a sus alumnos”.

8. A. Spikin (1898-1972) ingresó al Conservatorio Nacional como alumno de Américo Tritini en 1914, luego se perfeccionó en Inglaterra -entre 1928 y 1944-, fue profesor del Conservatorio, y desde 1950 en “adelante fue profesor de piano de la Escuela Vocacional de Educación Artística (s/f, 1972, “In Memoriam”, *RMCh*, N° 118 (abril junio), pp. 88-89).

9. Como precisa el propio A. Culléll, se trata de la Empresa de Conciertos Daniel SA, sita en Madrid y fundada por D. Ernesto de Quesada en 1908. Él también perteneció a ella, en su filial de Buenos Aires.

poco después, naturalmente *off the record*, fue el monumental escándalo que se armó en el seno de la comisión al discutir los puntajes. Spikin y Duncker calificaban cada obra interpretada por sus respectivos alumnos con la nota máxima y a las del adversario con la mínima. La tensión era insoportable y de nada valió que los demás miembros de la comisión, presidida por Armando Carvajal, les advirtieran que esa forma de calificar era inaceptable. La situación llegó a tal punto que en un momento dado ambos profesores se fueron a las manos y tuvieron que separarlos. A petición del Presidente, el resto de la comisión acordó anular sus calificaciones.

Algunos años después también se supo extraoficialmente la influencia negativa que había supuesto el comportamiento de Spikin hacia su alumno predilecto, Hugo Fernández, al coartarle el brillante inicio de su carrera internacional¹⁰. Spikin ejercía sobre la voluntad de éste un extraño sentimiento posesivo que llegó al punto de obligarle a regresar en mitad de una gira de conciertos. Poco tiempo después Spikin renunció a su cátedra en el Conservatorio¹¹. Hugo Fernández se vio obligado a renunciar a la suya en 1954. Su dramático final forma parte de la “leyenda negra” que ha rodeado el destino de distinguidos pianistas chilenos. Junto a él, Juan Reyes, Mario Miranda, Armando Palacios, Jorge Marianov y Oscar Gacitúa.

En marzo de 1941, por petición expresa de mi profesor de violín, Werner Fischer, Duncker me admitió en sus clases de piano como alumno regular (mi hermana, María Clara, lo era desde 1939). En enero de ese año, en Buenos Aires, ocurre la trágica muerte de uno de los más grandes pianistas chilenos de la historia, Juan Reyes, que sería por largo tiempo tema de obligado comentario en los pasillos y aulas del Conservatorio; más aún tratándose de un suicidio. Se especuló mucho sobre los motivos que le habrían inducido a tomar tan dramática decisión. Según nos comentaba el propio Duncker, durante los últimos años su ex alumno venía experimentando una creciente depresión ocasionada por diversas causas; una, su naturaleza introvertida e hipersensible, propensa al aislamiento, excepto cuando se sentaba frente al piano y levantaba a un público enfervorizado; otra, la marginación a que le había sometido el “oficialismo” musical, llamándole peyorativamente “el pianista del Danubio Azul”, a raíz del famoso arreglo que solía incluir como *encore* en sus programas¹², una *pièce de bravoure*, como se decía entonces.

La personalidad de Duncker en su faceta pedagógica era la habitual en todos los profesores del Conservatorio que procedían de la escuela alemana -a excepción de Rosita Renard-: un extremado rigor, sin contemplaciones en cuanto a la exigencia de rendimiento por parte del alumno que infundía temor; además, los maestros solían mantener un distanciamiento permanente, pocas veces modificado frente a sus discípulos. De todos, Duncker en piano y Luis Mutschler en violín eran los más severos. Una clase con Roberto Duncker se iniciaba con el imperativo de la puntualidad absoluta. Si uno llegaba tan sólo 30 segundos pasada la hora, era todo un ritual; lo más probable es que lo halláramos paseándose por la sala muy molesto, con los pulgares metidos en la parte superior del chaleco, y sin contestar a nuestro saludo indicarnos con el dedo el lugar de la pared donde tenía colgado su reloj de bolsillo. Luego, con cara de pocos amigos instarnos a que se lo entregáramos, no sin antes fijarnos en lo que

10. Domingo Santa Cruz (2008: 488) comparte esa apreciación al señalar que si Fernández “[...] no logró fama internacional fulgurante fue solo a causa del imperdonable acaparamiento y egoísmo de su maestro”.

11. Ver nota 9.

12. Se trata de la transcripción de Schulz-Evler del vals de Strauss. Esta misma obra fue grabada por Rosita Renard en rollo para autopiano (Claro 1993: 81).

marcaba. “La puntualidad es una virtud”, era una de sus frases predilectas. Si la tardanza superaba los cinco minutos, entonces ya podíamos despedirnos de la clase, o bien esperar una sesión tormentosa. No admitía excusas de ningún género. “Levántese más temprano” o “movilícese con tiempo”, decía simplemente; y cuando intentábamos replicarle ponía su índice en los labios, apuntando: “El silencio es oro”. Si en los ejercicios preparatorios, escalas, arpeggios, etc., o con las obras en estudio, cometíamos el mínimo de faltas que consideraba tolerable, montaba en cólera y nos cerraba la tapa del piano enviándonos a casa sin más. A la inversa, cuando nuestra performance resultaba exitosa era muy parco en demostrar su satisfacción. Generalmente lo hacía con un escueto monosílabo, “Bien”. Su mayor énfasis, al margen de la pulcritud técnica, se centraba en su minuciosa preocupación por la sintaxis musical, el fraseo y la articulación. Podía perdonar una nota falsa, pero jamás, si ya lo habíamos practicado en clase, cometer los mismos errores a la clase siguiente. Lograr un buen *touché* buscando la excelencia en la calidad del sonido, tanto en los fortísimos como en los pianísimos, era para él una obsesión. Nos incitaba a repetir las veces que fuera necesario un acorde o una frase, hasta conseguir la sonoridad adecuada para lograr una depurada interpretación. A este respecto nos recomendaba escuchar las grabaciones de Rubinstein.

Un día, pocos meses antes de su muerte, fui a clase portando mi violín. Me preguntó qué estaba estudiando. Le contesté que, entre otras cosas, la *Sonata* de César Franck. Para mi sorpresa me dijo si llevaba la parte de piano y se la entregué. Me hizo sacar el violín y de manera terminante me espetó: “¡Vamos, toque!”. Se sentó al piano y se dispuso a acompañarme. Interpretó su parte de forma impecable. Cuando terminamos sólo me dijo: “Debería Ud. aplicarse a sus estudios de piano como lo hace en los de violín”. Era el primer elogio que recibía de él y me conmovió. Pero, lo más increíble es que la había interpretado a primera vista, sin mirar el teclado en ningún momento. Yo tocaba de memoria observándolo. Era el lector más formidable de cuantos he conocido, y ésta era una opinión unánime.

Cuando nos encontrábamos en grupo solía distenderse y tornarse más cercano, al punto de contarnos algunas de sus experiencias y anécdotas, incluso algún chiste “alemán” del que era el primero en celebrarlo y que nosotros le secundábamos por solidaridad. En alguna de estas, que podríamos llamar tertulias, nos contó el motivo del porqué no realizó una carrera como solista. En un recital en Lima, a fines del siglo XIX, interpretando las *Variaciones Goldberg* de J. S. Bach, en la última, se le produjo una pérdida de memoria y tuvo que improvisar el final. Esto le significó un trauma y tomó la decisión de abandonar su carrera como concertista.

Al margen de su proverbial actitud severa, tenía un lado humano que se revelaba en actos no habituales en la mayoría de los maestros. Si por cualquier circunstancia un alumno faltaba más de dos veces a clase, llegaba muy preocupado a su casa para informarse personalmente del problema. Lo pudimos comprobar cuando mi hermana y yo padecimos una fuerte gripe que nos impidió asistir a clases durante un par de semanas.

A partir de 1945 Duncker introdujo la modalidad de reunir a todos sus alumnos los fines de mes en el gran salón de su casa en la calle Lira. El propósito era que cada cual interpretara una pieza en estudio y luego diéramos nuestra opinión. Estas sesiones resultaron altamente positivas y su objetivo era prepararnos para enfrentar al público. Se prolongaron hasta la fecha de su muerte.

Ahora recordaré algunos nombres de quienes componíamos aquel grupo. David y Mauricio Rosenmann Taub, dos hermanos excepcionales. En el concierto-homenaje que le brindamos todos sus alumnos al

maestro después de su muerte, en el cual cada uno tocó una obra, a David y a mí nos correspondió, además, decir unas palabras en nombre de todos los compañeros. Yo, al iniciar el programa y David, al comienzo de la segunda parte. Cirilo Vila Castro, su trayectoria también ha sido brillante. León Schidlowsky, de cuya figura no es necesario agregar comentarios; sin embargo, en relación a sus clases con Duncker me cabe recordar las fuertes discusiones surgidas entre los dos, de las que fui testigo. Eran los años de la Segunda Guerra Mundial y ambos discrepaban porque Duncker no aceptaba reconocer la crueldad de los nazis hacia los judíos. Esto explicaría el motivo por el cual Schidlowsky se ha negado en alguna ocasión a formular un comentario sobre su profesor. Nella Camarda Valenza, quien, junto a su malogrado esposo, Jorge Peña Hen, constituyó un apoyo invaluable en el desarrollo musical de La Serena y todo el Norte del país. Myrlla Montero Raffo, mi esposa, me acompañó en mis últimos recitales hasta que inicié mi carrera como director de orquesta. María Clara Cullell Teixidó (1931-1993), egresada del Conservatorio. Perfeccionó estudios de virtuosismo con José Cubiles y Rosa Sabater, (España). Catedrática Emérita de la Universidad de Costa Rica. En el año 2000 se instituyó en su memoria el Concurso Internacional de Piano que lleva su nombre. Agustín Cullell¹³.

Antes de finalizar, una última reflexión. Tuve el privilegio de vivir una época irrepetible del desarrollo musical chileno; ser uno de sus protagonistas y hasta el día de hoy testigo de su acontecer histórico. Sobre el tópico de que “todo tiempo pasado fue mejor”, en mi caso tengo que afirmar rotundamente que Sí. Ciertamente; desde entonces se han creado y desarrollado a lo largo del país muchas instituciones musicales, conservatorios, academias, orquestas, y se han formado nuevas generaciones de compositores e intérpretes. Pero, a partir del gran trauma ocurrido en 1973, no sólo se destruyeron grandes conquistas y se perdieron los grandes valores de excelencia alcanzados en seis décadas de esplendor, sino también la mística que inspiró a sus protagonistas, tres generaciones de músicos que condujeron el país a ocupar un lugar de gran prestigio en el ámbito internacional. Como dijo el Primer Ministro británico Lord George al estallar la Primera Guerra Mundial: “Se han apagado las luces en todo un continente, y no sabemos cuando se volverán a encender”. Obviamente no es el caso, solo una metáfora.

Madrid, octubre de 2012.



13. Violinista, catedrático y director de orquesta, con una fructífera carrera en Chile y distintos países de Latinoamérica, España y Estados Unidos.